

RECITAL DE POESÍA

Olga Elena Mattei

El día 20 de octubre, en el Auditorio Manuel Uribe Ángel, se llevó a cabo una lectura de poemas con temas históricos escritos por esta poeta antioqueña a través de los años. La autora escogió para esta ocasión, entre otros, una obra extensa acerca de la historia del antiguo pueblo fenicio, de la cual leyó varios Cantos o fragmentos. Publicamos a continuación dos de ellos.

A manera de introducción, la escritora desarrolló una exposición sobre los más importantes hitos de la épica en la literatura mundial de todos los tiempos, excusándose de haberle dado el nombre de “Epopéya” a este poema que no describe ni guerras, ni batallas, ni luchas de héroes bélicos, y recalcó el hecho de que los fenicios fueron un pueblo pacífico no eran invasores, ni conquistadores agresivos, sino comerciantes progresistas y de gran habilidad inventiva. El poema, (36 páginas), hace un recuento completo, aunque a grandes pasos, de todo su trayecto histórico, sus avances náuticos, sus viajes de avanzada, sus posibles descubrimientos de ultramar, su comercio, su minería, sus inventos industriales, y sobre todo, su gran aporte cultural, la invención del alfabeto nuestro. Además, se detiene en escenas del culto y habla de sus mitos, sus costumbres, sus paisajes, su culinaria, etc.

La Epopeya del Líbano

(Fragmentos)

Primera parte

INVOCACIÓN

Yo, Sinuhé, viajero egipcio,
yo, Estrabón, historiador,
yo, el poeta,
voz perdida en la epopeya
bajo los muros de Ugarit,
yo, vidente homérico
de Keret y de Hurriya,
tablilla
de arcilla cuneiforme,
libro,
biblo en los anales de Biblos,
sagrada poesía que salva
del olvido
el antiguo trasiego
de una patria de héroes intrépidos....
Yo, semen del teatro,
yo, quien por Ishtar me transformé
en semilla de alfabeto,
en escritura y cántico,
doy testimonio ante Boeto,
ante Zenón , Antípater, Filón,
Jalil Gibrán , Bechara el Kouri.

Yo quien nadie soy
mas me desdoble, me multiplico,
ubícuito,
me transporto,
y sueño, escucho,
veo, siento,
me elevo
flotando en trance entre la luz
de tu región rememorada.

Líbano, nación,
Phoeniki, Feniki,
pueblo de un dios del sol,
Byblos, Tiro, Sidón,
Ugarit, Cartago, Gadir,
Tripoli, Simyra, Al Minna,
Zaahle,
Bayrut.....
Atracaderos del tiempo,
muelles donde la historia
dibujara los mapas
de rutas exaltadas,
que tejieron las velas
de civilizaciones
pioneras.

Himnos de ayer
en mi garganta.
Un faro en cada puerto,
y los secretos
de la navegación;
cuna-patria de una
antigua
religión....

En las cumbres altivas
las lozas tonelares
de un grito de titanes,
monumento
de gigantes,
el templo de Baalbek,
ialtar de dios!

Todo esto veo en éxtasis,
estas palabras pronuncio,
cuando me convierto
en corazón.

CANTO CUARTO: LA CONQUISTA DE LOS MARES

Mis naves,
Oh Baal,
están a tu servicio.

Protégelas del trueno
y de la lluvia
y de la tempestad.
¡Porque yo soy tu pueblo!
Tu pueblo,
que aprendió los secretos
de las aguas marinas
en los libros del riesgo,
y en las orillas
del Kina-Han.

He trabajado sin descanso
en rumorosos astilleros
y al ritmo de tus remos,
en tus horas sagradas
he quemado el incienso
de tus ritos,
¡Oh Baal, Oh Hadad,
que me enseñaste como
agradarte, y como
adorarte
en el altar!

Gran Hadad,
que has sobrepasado
las columnas de Atlas,
tú, que sostienes los cielos,
deja en sus hombros
el gran peso de la noche
y a la naos de Feniki
dale el día;
¡y que el rumbo
de mis jarcias y mi guía,
encadenen el tiempo

entre mis telas
y traguen el rugido de las eras
cuando se vea
que mis velas
vuelan henchidas por el viento
de mi valor sin medra!

Heródoto se asombra,
y en su histórica crónica
proclama
a mi pueblo fenicio,
marinero campeón.
Nekao, el faraón
me nombra embajador
en tierras extrañas
meridianas,
donde el hombre tiene
negra piel
y dientes albos.

El sol se ha retrasado,
cansado
de mis periplos mágicos,
y sin embargo,
Hepat me es fiel.
El sol, el sol
está volcado al otro lado:
Gan Baal, protégeme
cuando decida
regresar.

Se preguntarán los siglos
por qué nosotros, los fenicios,
solo nosotros,
hemos sido en esta era
los mejores
marinos.

Se preguntarán, por siempre
en sus libros escritos
con mis propios grafismos,
en tablillas, de arcilla,
y en piedra, y en papiro,
y en papeles de arroz
y en pergaminos,...
los historiadores, los cronistas,
sociólogos, analistas, filósofos,
los legisladores de los códigos,
los sacerdotes de los ritos,
se preguntarán.

Preguntarán
por qué más que nadie,
he sido yo, Feniki,
dueña de los mares,
capitán de navíos,
piloto de océanos remotos
y perdidos,
aventurero de ignotos
confines del transpuesto
levante,
comerciante de avanzada,
capaz de llevar tecnología
y ciencias nuevas
más allá de los pilares
herculinos,
y ofrecer a todo el mundo
conocido
riquezas y progreso,
minerales, vidrios, cifras, letras,
aritmética, la palabra escrita,
la más pacífica propuesta.

Y yo sé el secreto,
el secreto escondido,
no en las riberas
ni en las costas,
ni en las cavernas de las islas,

ni en las cuevas submarinas,
ni en hechizos concebidos
en arrecifes coralinos
ni en las mareas,
ni en las olas,
ni en corrientes o vientos,
ni en las estrellas,
ni en las rutas que vislumbro
leyendo la cúpula del cielo,
ni en los mapas que trazo,
ni en mis conocimientos
técnicos y geográficos,
ni en el diseño náutico,
ni en mi coraje recio.

Mi secreto,
la fórmula que me hace
oser el pueblo marinero
que en la resaca de la historia
sirvió de brazos y de boca
al universo,
lo arranqué tierra adentro
de las montañas de mi pecho,
del vegetal ropaje, (investimento,
vestido de carácter que me impuso
el destino).
Mi secreto, la fórmula que me hizo
ser el supremo navegante,
lo hallé lejos del mar,
en el poder exorcizado
por mis bosques antiguos.

Por Tamuz, dios vegetal,
creció en cada milenio
el corazón de pulpa de mis cedros
en círculos concéntricos.

Con tan rica madera,
con la robusta envergadura
y la altiva estatura

de tus sagrados árboles,
he tallado
las vergas invencibles
de mis mástiles,
los fuertes costillares,
los enterizos esqueletos,
el sólido casco de mis quillas,
los erguidos aparejos
y trinquetes de mis velas,
mi timón aventurero
y mis ligeros remos.

Y por eso mis naves
fueron más fuertes y serenas,
más recias y capaces
que cualquier otro barco
de pueblo alguno de mi época.
Triunfantes, como nadie
en el mundo de tus mares.

Fue lejos del mar,
donde encontré los arneses,
que me hicieron capaz de dominar
los más violentos galopes
de los terribles corceles
de las olas
más furiosas y temibles.

Lejos del mar,
hallé el timón y el remo
del destino.
¡La historia no lo pudo adivinar!
¡Lejos del mar el secreto marino:
el secreto,
es el cuerpo
de mis Cedros
del Líbano!

EPÍLOGO DEL CANTO CUARTO

Correrán cuatro milenios
en las espumas del oc'ano,
y cuando hermanos de mi lecho
hayan viajado aun más lejos,
cuando hayamos anclado
las años
en los puertos plateados
de la luna de cuarzo,
el mundo conocerá
aquel mapa circunscrito
de perspectiva esférica,
elaborado por mis manos
antiguas,
el que quise entregar a los hombres
de otros tiempos,
con los trazados insólitos
que traté de legar,
las rutas globales
de latitudes ignotas.
Allí estaban,
esbozadas, como incógnitas,
las lejanas costas
de Labrador y Terranova
y los tendidos flancos antárticos,
en un mapa sin nombres de tierras
ni de montes.
Lo hallaron solo con el nombre
de un hombre
misterioso y perdido:
Piri Rheis, un marinero
que en Estambul
escondió del destino
la fortuna que buscaban
los demás marinos
de su propio siglo.

Era el mensaje que dejé:
ese camino.
No fue un conjuro oculto
y esotérico:
Fue mi verdad,
era la ruta
de mis descubrimientos.
¡Pero no la leyeron
con el giro
correcto!
No la supieron explorar.
O quizás,
un español o genovés.
O antes que él,
San Brendano,
y los temibles nórdicos
de Odi'n, la llegaron
a encontrar,
pero jamás
la incorporaron
al planeta
conocido.

Pero yo, Feniki
dejé para los tiempos
mis secretos,
Para que las naciones venideras,
reconocieran con certeza
mis descubrimientos.
Dios Baal, dios Sol,
fuente de la Luz y la Energía:
he sido
eslabón en tus manos.
Importante pieza
en la cadena de sucesos.

Pero los seres humanos
tienden a olvidarlo.
Y sin embargo,
isoy admirada, soy alabada!
Porque soy Fenicia,
la viajera avanzada,
la portadora de riquezas,
la descubridora,
la alquimista,
la tintorera de las telas regias,
la artesana del vaso y la madera.
La que engendró el prodigio
de la letra que lleva hasta el futuro
la palabra.
La sabia.
La profeta.
La madre sagrada.
¡La mujer amada
de los dioses!

Soy Feniki,
la vibrante doncella,
la que danza cubierta
de velos vegetales verdes
y de tejidos púrpura,
y de cielos dorados y celestes...
la que creció como comarca
tendida
en la cuenca más deseada
de un mar ancestral
y milenario,
escenario de historia inmemorial...

¡Fenicia,
la más bella!